

Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo  
 Las manos detuvieron,  
 Y arrasados en lágrimas los ojos  
 Ante aquellos para ambos  
 Sagrados y bellísimos despojos,  
 Gran trecho sin acción se mantuvieron.  
 Mas el conde por fin, de irresistible  
 Voluntad impelido,  
 Con un postrer esfuerzo despejando  
 El rostro aun escondido  
 De su Maria hermosa,  
 Vió de la virgen la figura entera  
 Cuyo labio animaba  
 Dulcísima sonrisa placentera :  
 Cuya tez inmarchita coloraba  
 Animado color de nieve y rosa,  
 Y en cuyos tenues párpados cerrados  
 Transparente se via  
 La pura luz que á su través lucía  
 En sus ojos, aun iluminados,  
 Con la lumbre vital que dentro ardia.  
 Mas en tanto la flor fragante y pura  
 Que sobre ella crecía,  
 Y de la muerta virgen en el cuello  
 Sus raíces asia,  
 Por el suelo truncada  
 Por entre el césped húmedo yacia,  
 Roto su tallo pero no manchada.  
 Tendió el conde sus manos  
 A la prenda de su alma idolatrada,  
 Y á la caída flor el penitente,  
 Cuando esta de repente,  
 Por invisible mano arrebatada,  
 Se perdió en el azul del manso ambiente,  
 Y la pura region del vago viento  
 Armonizó una música divina  
 Que venia del alto firmamento  
 Detrás brotando de su azul cortina.  
 El celestial compás de aquella santa  
 Misteriosa armonía, llamó al cielo  
 La atención de Wifredo y de Guarino;  
 Y al ver el cuadro mágico y divino  
 Que les mostró su descorrido velo,  
 Se borró de Maria en la garganta  
 La señal de su herida;  
 Y á ver la aparición en luz radiante

Que en medio de los aires suspendida  
 De su vista mortal está delante,  
 Tornó á su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,  
 De las estrellas fúlgidas vestida,  
 De la luna calzada,  
 Y de ángeles en hombros conducida,  
 La Madre del Cordero inmaculada  
 Sonreía á los tres, que arrodillados  
 Y absortos contemplaban  
 La divina vision embelesados.  
 La Purísima Madre del Dios niño  
 En sus manos mas blancas que el armiño  
 La azucena silvestre mantenía,  
 Y con celeste acento  
 Que empapó la montaña en armonía  
 De són mas apacible, grato y lento  
 Que el murmullo del bosque, el mar y el  
 viento,

Con sonrisa hechicera  
 Dijo, vuelta á los tres de esta manera :  
 « Donde no hay voluntad tampoco crimen;  
 « Ilesa pues la virginal pureza  
 « Maria conservó, y en la aspereza  
 « De los montes siete años penitentes  
 « De otro castigo al matador redimen  
 « En los juicios de Dios omnipotentes.  
 « En medio de estas peñas se levante  
 « Sombrio monasterio,  
 « Que del Señor las maravillas cante :  
 « Otra vez á arraigar esa azucena  
 « Vuelva en las rocas de perfume llena,  
 « Prenda y señal de celestial misterio :  
 « Y cuando en el sepulcro preparado  
 « Vuestro despojo corporal se suma,  
 « Sobre el sepulcro de los tres cerrado  
 « La azucena silvestre se consuma. »

Espiró de la Virgen el acento :  
 Y, cesando la célica armonía,  
 La mística vision deshizo el viento.  
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella  
 Cayeron bendiciendo su destino,  
 El noble conde, la feliz doncella,  
 Y el santo penitente Juan Guarino.

## EL DESAFIO DEL DIABLO,

### LEYENDA TRADICIONAL.

#### INTRODUCCION.

Nació Doña Beatriz  
 Para monja destinada:  
 Mas salió al mundo inclinada  
 Y no fué elección feliz.

Con demasiado devoto  
 Corazón, en su preñez  
 Hizo su madre tal vez  
 Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento  
 Que antes de nacer la dió  
 Beatriz, que se temió  
 Por ella y con fundamento;

Y ella, á impulsos del fatal  
 Dolor, á Dios hizo ofrenda  
 De aquella azarosa prenda  
 De la dicha maternal.

¿ Mas porqué á Dios ofrecer  
 Lo que otro ha de cumplir?  
 ¿ Quién puede necio! decir  
 Lo que otro ha de querer?

Ello es una aberración :  
 Mas ello es cierto también  
 Que de estas cosas se ven,  
 Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,  
 En mal de que bien salieron,  
 Por sus hijos ofrecieron.  
 ¡ Tantos malos hay así !

Pero ¡ oh lector ! felizmente  
 En los tiempos que alcanzam  
 De estos sucesos no hallamos  
 Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás,  
 Por vano que hayas el seso,  
 Que pasaban con exceso  
 Diez ó doce años atrás.

¿ No era duelo ver un chico  
 De seis años enredando  
 Por la calle, y ya arrastrando  
 Un hábito dominico?

¿ O asida á los guardapieses  
 De una fresca montañesa,  
 Hecha una santa Teresa  
 Una chica de once meses?

Así Beatriz anduvo  
 Toda su infancia : así oía  
 Las razones noche y día  
 Que para el hábito hubo

Y así pasaron sus bellos  
 Y primeros ocho abriles,  
 Entre juegos infantiles,  
 Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche  
 Lujosamente ataviada  
 Y de flores coronada  
 La metieron en un coche.

Ella, al mirarse tan linda,  
 Con errado pensamiento  
 Juzga que solo el convento  
 Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa  
 Si siempre ha de ser querida,  
 Como cuando recibida  
 Fué por la madre abadesa.

Quedóse en el locutorio  
 Su madre, y la superiora

Llevóla, pues era hora,  
A cenar al refectorio.

Allí todas á porfia  
Las madres la acariciaron,  
La dieron y la otorgaron  
Cuanto en gana la venia.

Así Doña Beatriz  
Quedó á monja destinada  
Y en el convento encerrada;  
Mas ¿ fué dentro de él feliz?

¡ Ah! fueron unos tras otros  
Sus dulces años huyendo,  
Nacer en su ánima haciendo  
El deseo y la razon:  
Y huyéronse una por una  
Las deliciosas visiones,  
Las dichosas ilusiones  
Que adoró su corazón.

Sintió dentro de él entonces  
Desconocido, insufrible,  
Un deseo incomprensible,  
Una triste vaguedad  
Que turbaba eternamente  
Sus oraciones, sus sueños,  
Con recuerdos halagüeños  
De otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso  
Entre la santa armonía  
Otras músicas oía  
De mas alegre compás:  
Y de los santos ejemplos  
En las sagradas memorias  
El germen de otras historias  
Mas seductoras quizás.

Y ella bulliciosa un tiempo,  
Y alegre y entretenida,  
Silenciosa y distraida,  
Y triste á andar empezó;  
Y oculta allá de su celda,  
En un rincón solitario,  
El ídolo en formas vario  
De la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente  
Y exaltada fantasía  
Los gustos á que algún día  
Renunció sin grande afán;  
Y vió con mortal tristeza  
Que ahora los apetece,  
¡ Ay! porque de ellos carece,  
Porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa  
Ribera fresca de un río,  
Que paseaba en el estío  
De la luna el resplandor:  
Aquella fuente escondida  
Del soto entre los jarales,  
En cuyos frescos raudales  
Su sed templaba y su ardor:

Aquellos anchos balcones,  
Sin reja y sin celosía,  
Que allá en su casa tenia  
La calle para mirar,  
Y á través de cuyos lienzos  
Podia tranquilamente  
El tumulto de la gente  
Y el aire libre gozar:

Todos los dulces recuerdos  
De su deliciosa infancia,  
Dorados por la distancia,  
Mas caros á su ansiedad,  
Hervian en su memoria,  
Despertando sus pasiones  
Las primeras emociones  
De su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel río,  
Y en redor de aquella fuente,  
Y entre la turba de gente  
Que via por su balcon,  
Tal vez alcanzaba errando  
Una vision hechicera  
Cuya sombra pasajera  
Turbaba su corazón.

« ¡ Ay! exclamaba la triste,  
Contristada y dolorida:  
¡ Cuán monotonía es mi vida,  
Cuán sin gloria y sin placer!  
¿ Qué es para mí el universo,  
Si yo cual ave entre redes  
Estoy entre esas paredes  
Condenada á nunca ver? »

¿ Qué valen las maravillas  
Que Dios sembró por su suelo,  
Si solo alcanzo del cielo  
Un giron escaso y ruín,  
Y el cántico pasajero  
De algún pajarillo errante  
Que se detiene un instante  
En las ramas del jardín? »

Así en el fondo del claustro  
Donde cautiva moraba,  
Allá á sus solas pensaba  
La olvidada Beatriz.

Y así corriendo los años  
Se prepara, aunque la pesa,  
A quedar monja profesa  
Y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ ay! que oculto veneno  
De estas memorias amargas  
Prensadas de horas tan largas  
En la larga soledad  
En su corazón fermenta,  
Y del corazón brotando  
Va en su cuerpo germinando  
Peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía  
El corazón la devora,  
Vibora desgarradora  
Que con él ha de acabar:  
Y lenta é inextinguible,  
Que sin descanso la deja,  
Fiebre ardorosa la aqueja  
Imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre  
Sin alivio de un momento,  
Acosan su pensamiento  
Mil delirios en tropel:  
Asaltan su fantasía  
Mil imposibles antojos,  
Y llanto vierten sus ojos  
Mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos  
No pueden con su dolencia:  
Ninguno logra la ausencia  
De su recóndito mal.  
En vano su ciencia apuran,  
Sus elixires destilan  
En vano, nunca aniquilan  
Aquella fiebre infernal.

¡ Pobre niña! consumida  
Por fuego íntimo y secreto  
Busca en vano un amuleto  
Contra tal desolación:  
Mas en vano los doctores  
Con sus brebajes la afligen,  
Si del mal está el origen  
En su ardiente corazón.

¿ Quién ocasiona sus lágrimas?  
¿ Quién la arranca sus suspiros?  
¿ Quién ¡ ay! tan fatales giros  
A sus desvarios da?  
« ¡ Lejos de mí! en los accesos  
Grita de su calentura.  
Vuestra vista es mi tortura;  
¿ Quién de vos me librará!

¡ Lejos de mí, lejos, lejos!  
Fieros espectros con tocas,  
Que con hipócritas bocas  
Me predicáis la virtud,  
Y con fraternales manos  
Me estais preparando un traje  
Con que mas horrenda baje  
Despechada al ataud.

¡ Lejos! dejadme tranquila;  
Me estais ahogando... dejadme;  
Abrid la reja, aire dadme,  
Quiero el aura respirar... »  
Y así Beatriz diciendo  
Se desespera y se agita  
Con violencia inaudita,  
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre  
La debilita y la estenua,  
Y el hondo letargo atenúa  
De su delirio el ardor;  
Y las madres aterradas  
Conjuran con oraciones  
De sus horrendas visiones  
El tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)  
Con intento mas humano  
Otro médico mundano  
Resolviéronse á llevar,  
Y á pesar de los obstáculos  
Que las monjas opusieron,  
Una tarde consiguieron  
Hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves  
Conocimientos científicos,  
Condenó los específicos  
Y las drogas condenó:  
Y enterado de los síntomas,  
Con la fría indiferencia  
Del oficio y de la ciencia  
Tal plática ocasionó.

*El Doctor.* ¿ Qué edad tiene esta muchacha?

*El Padre.* Quince años.

*El Doctor.* ¿ Ha profesado?

*El Padre.* Aun está en el noviciado.

*El Doctor.* Pues remedio tiene aún.

*El Padre.* Decid cuál.

*El Doctor.* Uno tan solo:

Si adoptarlo no se quiere,  
Esta muchacha se muere.

*La Abadesa.* Decidnos cuál, y según

Si no es algún sortilegio  
O algún infernal conjuro...

*El Doctor.* Madre, aquí no hay nada impuro  
¡Por vida de Barrabás!  
Yo tengo un coche á la puerta,  
La vestimos al momento  
Y la saco del convento.

*La Abadesa.* ¡Sacarla, Jesus!

*El Doctor.* No hay mas.

*La Abadesa.* ¡Sacarla dice! ¡qué audacia!

¡Estraer una novicia!

El rey nos hará la justicia;  
No será.

*El Doctor.* ¿Cómo que no?

Enfermo á quien tomo el pulso

Y á quien remedio consigo

Se salva ó muere conmigo.

*La Abadesa.* Yo haré....

*El Doctor (interrumpiéndola).*

Quien hará soy yo.

(*Al padre.*) Señor mio, ¿tener hija  
Quereis ó no? Vamos claros.

*El Padre.* Si, si.

*El Doctor.* Pues fuera reparos  
Y agarrad de ese colchon.

*El Padre.* ¿Qué vais á hacer?

*El Doctor.* A llevármela.

*El Padre.* ¿Y el poder de la abadesa?

*El Doctor.* Si la chica no es profesa

Nada puede en conclusion.

Con que asid de esas dos puntas

O vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera  
Entre el padre y el doctor,  
A pesar de todo el claustro,  
De su hija Beatriz asieron  
Y en el coche la pusieron;  
Y las mulas, con vigor  
Arrancando, les sacaron  
De la grita y confusion  
Con que el coro de las monjas  
A despedirles salió.

Y desde aquí, tras aquesta  
Necesaria introduccion,  
Toma principio la historia,  
¡Oh carisimo lector!

Y esta no es fábula vieja  
Hallada en un cronicón;  
No es fantástica leyenda  
De que soy el inventor.  
Es tal cual voy á escribirla  
Del pueblo una tradicion,  
De boca de un pueblo oída,  
Siendo un viejo el narrador,  
Y la cual voy á contarte  
Como á mí me la contó.

## PRIMERA PARTE.

## I.

En el fondo de un valle  
Por en medio del cual ancha vertiente  
Abre á las turbias aguas de un torrente  
Honda y torcida calle;  
Torrente en el invierno  
Y arroyo en el estío,  
En julio despreciado, y en diciembre  
Con honores de rio;  
Cercado de peñascos y maleza  
Por ambos horizontes,  
Y hundido entre dos montes  
De fértil aspereza:  
En este valle, pues, y estas montañas  
Poseía Don Lucas de Hinestrosa,  
Padre de Beatriz, quinta escondida,  
Saludable y frondosa,  
Y en el sitio mejor de ambas Españas  
Sentada y construida.

En Córdoba la bella,  
Ciudad moruna de recuerdos rica,  
Cuyas calles estrechas  
Y cuyas casas de ladrillos hechas  
El gusto actual critica;  
Mas cuya situacion encantadora,  
Cuyo nombre halagüeño  
Como memoria de agradable sueño  
El Moro aún en el desierto adora.  
En aquellas montañas formidables  
Habitadas un dia  
Por viejos eremitafios venerables,  
Y habitadas primero  
Por derviches fanáticos, es donde  
Don Lucas de Hinestrosa  
A Beatriz esconde,  
Y allí, donde la cándida novicia  
El aire y agua saludable goza  
A su nociva enfermedad propicia.  
Allí á lo menos desde la alta cumbre  
Libres pasean sus avaros ojos  
Estenso campo; y vária muchedumbre  
De objetos mil distintos,  
De la naturaleza mil antojos  
Alcanzan por los mágicos recintos  
De aquellos naturales laberintos.

Allí goza del cielo  
Cuanto abarcan entrambos horizontes  
Y largo campo del vistoso suelo.  
Allí en la estensa vega  
Que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,  
Ve cubrir la magnífica campiña  
El apareado olivo siempre verde,  
La rubia mies y la fecunda viña,  
Y la estendida pita  
Sembrada en los vallados,

Y la roja amapola que se agita  
Dando aroma y color á los sembrados:  
Y las hojas pegadas  
De los higos de tuna,  
De los lagartos con pasion amadas,  
Y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos  
Y las verdes dehesas,  
Donde encerradas en campestres cotos  
Dan crias retozonas y traviesas  
Las generosas yegnas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,  
Desde aquellos peñascos donde habita,  
La poblacion morisca coronada  
Por la bella y mas célebre mezquita  
A los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus piés en la montuosa tierra,  
Teatro un tiempo de azarosa guerra,  
Brotar continuamente,  
Cercados de silvestres florecillas,  
Ya el manantial de rumorosa fuente,  
Ya corpulentos robles,  
Ya enlazada á las hayas amarillas  
Con recios brazos y con nudos dobles  
La cariñosa yedra  
Cuya oculta raiz nace en la piedra.

Allí el aire tranquilo se embalsama  
Con los gratos olores  
Que la feraz frondosidad derrama:  
Y se respira pura  
El aura salutar que impregnan  
Con su aroma las flores,  
Las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan  
Las pasajeras aves  
Con cánticos suaves  
Que los sentidos con el alma hechizan

Y allí pasa Beatriz el tiempo breve  
De la estacion florida,  
Rápida imágen de la corta vida  
Que en la tierra habitar acaso debe,  
Y allí pasa sus dias á lo menos,  
Ya que no entre placeres bulliciosos,  
Alegres, y serenos  
Y libres, con sueños deliciosos.

Su padre la acompaña,  
Y el doctor la visita,  
Y en dulce soledad vive sin cuita,  
Al mundo entero y al convento estraña.

El oro de Don Lucas de Hinestrosa  
Sus caprichos y gustos la previene,  
Y con su vida Beatriz se aviene,  
Y lejos del convento muy dichosa.

## II.

Apenas anocheceia:  
La luz apuntaba apenas

De melancólica luna  
En una noche serena,  
Cuando en sabrosas memorias  
Y en ilusiones risueñas  
Embebida está Beatriz  
De su alqueria en la puerta.  
Cómico sillón la ofrece  
La espesa y mullida yerba,  
Y el són del aire la arrulla  
Que la acaricia y refresca.  
Sobre la rodilla el codo,  
La frente en la palma puesta,  
Sin direccion las miradas  
Y sin norte las ideas,  
Está en una de esas horas  
De misteriosa pereza,  
De tranquilidad y calma  
En que nada nos inquieta,  
Nada nos place ni turba  
Y nada nos interesa;  
Ni se sufre ni se goza,  
Ni se quiere ni se piensa.  
De esta abstraccion melancólica  
Que la absorve las potencias  
Y la embarga los sentidos,  
Y el ánima la enajena,  
Vino á sacarla á deshora  
Una voz sonora y recia  
Que la dijo: « Buenas noches, »  
Y á la que respondió ella  
Con un ¡ay! que á un tiempo mismo  
Miedo indicaba y sorpresa.  
¡Silencio! el recién venido  
Esclamó, y la mano asiéndola  
Dijo: Enemigos me siguen,  
Pero es preciso que pierdan  
Mi rastro, y que yo del monte  
Por la espesura me meta.

*Beatriz.* ¿Y qué quereis?

*El Hombre.* Un instante

De descanso, por las breñas  
Para seguir mi camino:  
Y si mis contrarios llegan,  
Un rincón en que ocultarme  
Mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,  
Entró con libre franqueza  
En la alqueria, y tendióse  
Sobre un sillón de baqueta.  
Siguióle Beatriz absorta,  
Y entre turbada y resuelta  
Sacó un velón encendido  
Que puso sobre una mesa:  
Y hacía el incógnito intruso  
Tendió la mirada incierta,  
Mas apartóla enconurando  
La suya clavada en ella.

Subi6la á entrambas mejillas  
El carmin de la vergüenza,  
Y quedó ante el forastero  
De pié, y silenciosa y trémula.  
Yo no sé qué es lo que tiene  
Una mirada serena,  
Fija, osada y sostenida  
Que se lanza de la negra  
Pupila de un ojo ardiente,  
Por bajo fruncida ceja  
Que oculta el camino cierto  
Que aquella mirada lleva,  
Y la intencion que recata,  
Y el sentimiento que espresa  
Cuando sabe uno que está  
Sobre su semblante puesta :  
Pero ello es cierto que á veces  
Esta mirada nos quema  
Con el fuego que despide  
Y con su peso nos prensa.  
El rostro se nos enciende,  
Los oidos nos chispean,  
Y aunque no nos atrevemos  
Otra mirada á oponerla,  
Sentimos que está en nosotros  
Posada, y el alma inquieta  
Anda recelosa dentro  
Del corazon dando vueltas.  
Tal está la pobre niña  
Haciendo que hace una trenza  
Del cordón del delantal  
Que en los dedos se la enreda,  
Mientras los ojos del hombre  
Siguen clavados en ella  
Sin apartarse un momento,  
Sin pestañear siquiera.  
¿Qué piensa el desconocido?  
¿Cuál será la consecuencia  
Que de su exámen deduzca?  
¿Será propicia ó siniestra?  
¿Porqué no se desemboza  
Y franco el semblante muestra?  
¿Será deforme ó hermoso?  
Tal vez de un bandido sea,  
Tal vez de un infortunado.  
¿De ambos quizá!... Todas estas  
Preguntas y conjeturas  
Se hace la muchacha, mientras  
La contempla él de hito en hito.  
Mas solución ni respuesta  
Para ninguna en sus datos  
Ni en las palabras encuentra.  
Mas no duró mucho tiempo  
Su zozobra, una tos seca  
Del inc6gnito la puso  
A sus palabras atenta.  
Alzó Beatriz poco á poco  
Y volvió á él la cabeza,

Y él que la intencion conoce  
Y advierte lo que desea,  
Viendo ademas que ya acaso  
A ser descortés empieza,  
Con ella al cabo la plática  
Entabló de esta manera.

*El Hombre.* ¿Cómo os llamis?

*Beatriz.* Beatriz

De Hinestrosa.

*El Hombre.* ¿De esta tierra

Sois natural?

*Beatriz.* No, señor.

*El Hombre.* ¿De dónde, pues?

*Beatriz.* Madrileña.

*El Hombre.* Buen pais para quien puede  
Vivir en la corte.

*Beatriz.* ¿En ella

No habeis nunca estado vos?

*El Hombre.* Si á fé mia, pero ciertas

Conveniencias personales

Me echaron á las riberas

Que baña el Guadalquivir :

Mas decidme, si indiscreta

No es la pregunta, ¿esta quinta

Que estais habitando es vuestra?

*Beatriz.* De mi padre.

*El Hombre.* ¿Y por qué causa,

Siendo tan niña y tan bella

En la soledad del monte

Y en sus muros os encierra?

*Beatriz.* Porque mi salud lo exige,

Y los doctores esperan

Que sus aguas y sus aires

Muy pronto me restablezcan.

*El Hombre.* ¿Qué mal padeceis

*Beatriz.* Ninguno

Ya; tres meses en la sierra

Me han aprovechado mucho :

Mi salud casi es completa.

*El Hombre.* ¿Y quién aquí os acompaña?

*Beatriz.* Mi padre y un aya vieja

Con tres criados que cuidan

De la casa y de la huerta.

Aunque esta noche he oido

Que es muy probable que venga

Mi hermano Carlos : mi padre

Bajó á esperarle á la vega.

Hubo aquí un punto de pausa,

Tras del cual, como si hubiera

Sonado la hora precisa,

U oido palabra ó seña

Que aguardara, el forastero

Alzóse y fuése á la puerta.

*Beatriz.* ¿Ya os vais?

*El Hombre.* Sí, mas molestaros

No quiero con mi presencia.

Nadie hay sobre mi camino,  
Beatriz, y partir es fuerza.

*Beatriz.* En verdad, señor hidalgo,

Que á mi en nada me molesta :

Y si es que no os incomoda

De padre aguardar la vuelta,

Pasar en esta alquería

Toda la noche pudiérais.

*El Hombre.* Gracias; el sitio á que voy

Está, Beatriz, muy cerca,

Y fuera de allí me importa

Que sorprenderme no puedan.

Sin embargo, si algun dia

Mi suerte fatal se trueca

Y puedo con libertad

Pasearme por la tierra,

Espero volver á veros

Si es que me otorgais licencia.

*Beatriz.* Cuando gustéis : aunque juzgo

Que es cosa difícil esa.

*El Hombre.* ¿Porqué?

*Beatriz.* Porque á fin de agosto

A mi convento me llevan.

*El Hombre.* ¿A vuestro convento?

*Beatriz.* Sí.

*El Hombre.* ¿Sois monja, pues?

*Beatriz.* No profesas

Todavía, soy novicia

Desde mi infancia mas tierna,

Que así lo ofreció mi madre

Antes de que yo naciera.

*El Hombre.* ¿Y vos os vais á ser monja

Tan solo por su promesa?

*Beatriz.* Esto ha de ser.

*El Hombre.* Pero vos

No vais, Beatriz, contenta.

*Beatriz.* Algunos años lo estuve;

Mas me puse tan enferma

Despues, que fué necesario,

Porque allí no me muriera,

Sacarme del monasterio.

*El Hombre.* Y decidme, ¿qué edad era

La vuestra cuando á él os fuisteis?

*Beatriz.* Tendria ocho años apenas.

*El Hombre.* Tiranos padres teneis

Si en tal proyecto se empeñan,

Y á ser hoy mi poder otro

Jamás se lo consintiera.

*Beatriz.* ¿Vos abrazárais mi causa!

*El Hombre.* Fuera mala ó fuera buena.

*Beatriz.* Con mi padre os empeñárais...

*El Hombre.* Y le hablara en buena lengua,

Tan clara y tan comprensible

Que por tenaz que anduviera

Pronto le convenceria.

Pero son vanas ofertas,

Beatriz, porque en este punto

Yo propio amparo y defensa

Necesito; mas si un dia  
En trance fatal os viérais,  
O en amarga desventura,  
Y me veis lejos ó cerca,  
Venid á mí; que si un hombre  
Puede con brio ó destreza  
Sacaros de aquel mal paso,  
No ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,  
Sintiendo que por la cuesta  
Sube gente, á largos pasos  
Metióse por la maleza.  
Y al cabo de unos minutos  
Asomaron por las cercas  
El de Hinestrosa y su hijo,  
Y en su mula pelinegra  
El doctor, que ganó un pleito  
Contra la madre abadesa,  
Y con Beatriz y su padre  
Sincera amistad conserva.

## III.

DON LUCAS. — DON CARLOS, su ijo. — El  
DOCTOR y BEATRIZ cenando en el comedor  
de la alquería.

*Carlos al Doctor.* ¿Y qué tenemos con eso?  
Porque ese hombre sea valiente,  
¿Le ha de sacar su valor  
Del alcance de las leyes?  
*El Doctor á Carlos.* Mancebo, á lo que  
imagino,

Poco de esto se os entiende;  
Los soldados que le siguen  
Le respetan ó le temen.

*Carlos.* Si me contareis á mi  
Los milagros del hombre ese  
Cuando he vivido con él  
Mas de un año. Diez y siete  
Tenia cuando su casa  
Abandonó y sus parientes,  
Y sentó plaza.

*El Doctor.* Es exacto.

*Carlos.* A los veinte y tres y meses  
Dió á un capitán de estocadas  
En un duelo.

*El Doctor.* Ciertamente,  
Tambien es verdad.

*Carlos.* Fué preso  
Y presentado á sus jueces,  
Y la sentencia era clara,  
Le condenaron á muerte.

*El Doctor.* Mas os habeis olvidado,  
Señor cronista, que fué este  
El motivo único y solo

Para que al día siguiente  
Se alzase su compañía,  
Y á ella otras cuatro se uniesen,  
Pidiendo á voces su vida  
Y jurando defenderle.

*Carlos.* Todo obra de sus amigos.

*El Doctor.* Lo que prueba que los tiene,  
Que los soldados le amaban,  
Y que positivamente,  
Pues saben hoy que es su mismo  
Compañero, le protegen.

*Carlos.* Vaya, vaya, buen doctor,  
Que si quisiera quien puede,  
Antes de veinte y cuatro horas  
Habria quien le prendiese.  
Y el valor no le escudara,  
Porque sabeis que es patente  
Que jugó su patrimonio,  
Y que dejó muchas veces  
Muertos en el campo á hombres  
Por quien llora aun mucha gente.  
Y en fin, que tras muchos lances,  
Pobre y perseguido viéndose  
Por la justicia, á los montes  
Vino al cabo á guarecerse,  
Y uniéndose á los bandidos  
Ha venido á ser su jefe.

*El Doctor.* Y eso prueba, amigo Carlos,  
Clara y terminantemente  
Que es un hombre de valor,  
Y que alma de sobra tiene  
Para habérselas con todos  
Por astucia ó frente á frente.

*Carlos.* Y prueba que es un bandido  
Que su fortuna merece,  
Y que quien asirle pueda  
Hace un servicio eminente  
A su patria : y si yo mismo...

*El Doctor.* Señor guapo, no lo deje  
Por tan poco; en este instante  
Buena ocasion se le ofrece  
Para el caso : él no está lejos;  
Con que por el monte trepe,  
Seguro en él de encontrarle,  
Y si es hombre, de cogerle.

*Carlos.* Y ya se ve que lo fuera,  
Seor galano.

*El Doctor.* Seor imberbe,  
No hace cuatro horas aún  
Que estuvo cerca, y, ó mienten  
Las señas de los paisanos,  
O ese sendero de enfrente  
Tomó, pasando delante  
De vuestra puerta.

*D. Lucas á Beatriz.* ¿Qué tienes,  
Beatriz? te has descolorido,  
Trémula estás...

*El Doctor (levantándose y yendo hácia  
Beatriz y pulsándola).* ¿Qué sucede?

A ver, á ver, en efecto  
Es un vapor.

*D. Lucas.* ¿Ven ustedes  
Lo que hacen con sus disputas  
Y sus historias imbéciles  
De desafíos y cárceles  
Y de bandidos y duendes?

*El Doctor.* Don Lucas, tenéis razon.

Bah, Beatriz, no te alteres  
De oír que ha pasado cerca  
Ese bandido.

*D. Lucas.* Y ya vuelve.

*El Doctor.* Es un hombre como todos,  
Y aunque prendas no le duelen  
Cuando juega en contra de hombres,  
No es así con las mugeres,  
Que es muy gallardo y buen mozo.  
Un vaso de agua traedme  
Con un poco de vinagre :  
Esto no es nada : ea, bebe.  
No tiene nada de extraño,  
Todavía está muy débil.

*D. Lucas.* Juana, Ramon, luz al cuarto  
De la niña y que se acueste.

*El Doctor.* No es preciso.

*D. Lucas.* ¡Pobrecita!  
¿Va mejor? ¿cómo te sientes?  
*Beatriz.* Ya se me ha pasado, padre;  
Fué un vahido solamente.

## IV.

¿Es cierto? ¿y aquel hombre que sentado  
Con Beatriz estuvo fué el bandido?  
¿Es á quien tanto Carlos ha ultrajado  
Y á quien tanto el doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas,  
Jugador, libertino y pendenciero,  
Lleva sobre él las leyes mas severas...  
Y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galan con las mugeres  
Segun dice el doctor, y en desafíos  
Siempre triunfante; en varios pareceres  
Puede andar su virtud, mas no sus brios.

Quiérenle sus soldados, le respetan  
Los mismos que condenan sus extrañas  
Proezas : los bandidos se sujetan  
A obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente  
Ante el severo juez que le condena  
Mira el peligro con serena frente,  
Y aguarda el porvenir con faz serena

Mas si un día, Beatriz, os veis acaso  
En un trance fatal, pedidme ayuda;  
Si un hombre os puede echar de este mal pa-  
No faltará jamás quien os acuda. [so

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo  
Por el sendero que á los montes guia,  
Si su suerte se cambia prometiendo  
Volver ante sus ojos algun dia.

Su semblante no vió con el embozo  
Beatriz, ¿mas qué importa su semblante,  
Si ya la inclina hácia el gallardo mozo  
Su oferta liberal y su talante?

No fuérais al convento la previene  
A poder yo estorbarlo : y el convento  
Así sin fuerzas ni salud la tiene,  
Y es á él volverla de su padre intento.

Luego el único sér que la es extraño,  
El solo que la dan por enemigo,  
El solo es que se duele de su daño,  
Y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo  
Al claustro destinada aun no nacida?  
¿Tiene ella un corazon seco y desnudo  
De afecciones al mundo y á la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba  
Y en tales reflexiones se perdia,  
Y mas la idea del convento odiaba  
Cuanto el tornar á él mas cerca via.

Y en estos pensamientos  
Su espíritu embebido,  
Cayó del sueño en brazos  
La triste Beatriz :  
Y entre sus negras sombras  
La sombra del bandido  
Se muestra, de ventura  
Cual precursor feliz.

Los pálidos fantasmas  
De sus penosos sueños,  
Que en pesadilla odiosa  
La asaltan en tropel,  
Le tornan en alegres  
Espíritus risueños,  
Que giran y que bullen  
En derredor de aquel.

No alcanza su semblante  
Por bajo del embozo,  
Mas sus brillantes ojos  
Sobre el embozo ve,  
Y al fuego de sus rayos,  
Henchido de alborozo,

El corazon la late  
Cobrando nueva fé.

La oferta generosa  
Que con osado aliento  
La hizo al despedirse,  
Su acento varonil  
Resuena en sus oídos  
Como de manso viento  
El plácido murmullo  
En el pintado abril.

Ya en sueños imagina  
Que espuesta en el desierto,  
Y abandonada y triste,  
Y descarriada va,  
Y en el lejano monte  
Por el camino incierto  
La sombra bienhechora  
Para guiarla está.

Ya sueña que á la orilla  
De rápido torrente  
La tienen los bandidos  
Para arrojarla en él,  
Y en medio de la turba  
Parece de repente,  
Y tórnanse las peñas  
Magnífico vergel.

Y ¡ay triste de la hermosa  
Que en los delirios fia  
De sueños que embelesan  
Su mente juvenil!  
De su soñado cielo  
La arrojan algun dia  
En el hediondo cieno  
Del apetito vil.

¡Ay triste de la niña  
Que confiada adora  
El ídolo que crea  
Su ardiente corazon!  
El frio desengaño  
Bajo su templo mora,  
Y seca con su soplo  
La bella creacion.

Amor entra en su alma  
Como galan rendido,  
Un porvenir mintiendo  
Pacífico y feliz;  
Mas de ella apoderado  
Se torna en un bandido...  
¡Ay! ciérrale tu alma  
¡Oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento  
Que sin violencia nace

En hondo sentimiento  
Trasfórmase traidor.  
Después deseo ardiente,  
Si se desprecia se hace,  
Y al fin concluye siendo  
Desatinado amor.

## V.

El viejo Don Lucas  
A Córdoba fué;  
Su amigo el empírico  
Marchóse también.  
Don Carlos habita  
La quinta este mes,  
Y en ella se queda  
Beatriz con él.

Su hermano es un hombre  
Nacido en Jerez,  
Que escupe torcido,  
Que mira á través,  
Que siempre murmura  
De cuanto oye y ve,  
Y mas que su hermano  
Parece su juez.

Jamás de su parte  
Se quiso poner,  
Ni de su convento  
Traspuso el dintel  
Durante su larga  
Dolencia cruel:  
Dijeran que el mozo  
Su sangre no es.

Doctor es en leyes,  
Y lo hace tan bien  
Que á toda la curia  
Mantiene en un pié:  
No hay falsa escritura  
Ni falso poder  
Para él que legales  
Razones no dé.

El mas escribano  
De cuantos se ven,  
Que saben un pleito  
De un átomo hacer,  
Con él siempre en falso  
Asienta los piés!...  
Que no hay quien alcance  
Su maña y doblez.

Doctor es en leyes,  
¡Mas por san Ginés!  
Que nunca con nadie  
Guardó buena ley.

Calcule el discreto  
Cuán feliz va á ser  
Su cándida hermana  
Con este lebrél.

No su hermano,  
Su tirano  
Solo es;  
Un espectro que la espanta,  
Y dó quiera se levanta  
Donde va á fijar los piés.

En su espía  
Trasformado,  
Noche y día  
Va á su lado,  
No la deja  
Por dó quier.  
No respira,  
No oye ó mira,  
Nada intenta  
Que él no sienta,  
Que él no logre  
Oír y ver.

¿Qué hace en tanto  
Beatriz?  
Sufre y calla.  
Con su espíritu  
Batalla,  
Y en su llanto  
Melancólico  
Se ve bien que no es feliz.

¿Qué hay oculto  
Que atormente  
Su alma cándida  
Inocente?  
¿Tal vez siente  
Su conciencia  
La presencia  
De un gusano  
Roedor?  
¿Es el miedo de su hermano  
Lo que causa su dolor?  
No: es un vago pensamiento  
Sin contornos ni color,  
Que en mas hondo sentimiento  
Va cambiándose traidor.

Quiera Dios que la halague  
Tan sutil y tentador,  
Que tras él la niña vague  
Hasta dar donde la trague  
La honda sima del amor.

## VI.

En una de aquellas noches  
Sombrias y melancólicas

En que todo en torno calla  
Y todo en torno reposa:  
En que tardía la luna  
Por el horizonte asoma  
Entre cenicientas nubes  
Que su luz pálida entoldan,  
Y en que á renovar convidan  
Dulces y antiguas memorias  
El aislamiento del alma,  
La soledad silenciosa,  
La tranquilidad del mundo  
Y el misterio de las sombras;  
Noches serenas de agosto  
En que se vive y se goza,  
Y de que nunca se olvidan  
Las sabrosísimas horas;  
En una, pues, de estas noches  
Mas oscura que las otras,  
De pechos en su ventana  
Está Beatriz absorta  
En secretos pensamientos  
Y consigo mismo á solas.  
El codo en el antepecho,  
La sien en la palma apoya  
De una mano, y la otra mano,  
Dejada á voluntad propia,  
Arranca el menudo césped  
Que en el antepecho brota  
Con la humedad de la lluvia  
Y en la union de las baldosas.  
En su arrobamiento dulce,  
Sin intencion que conozca,  
Sin voluntad que la acuda,  
Sin anhelo y sin zozobra,  
Nada escuchan sus oídos,  
En nada sus ojos posa,  
Su corazón nada espera,  
Solo pensar es su obra:  
Solo en meditar se ocupa;  
¿Mas en qué piensa? Lo ignora.  
Sucedense sus ideas  
En cadena nunca rota;  
Nacen unas dó otras mueren,  
Dó las unas se evaporan  
Las otras se patentizan  
Mas ó menos luminosas,  
Y sin razon ni trabajo  
Su inquieta mente las forja  
Cual brotan de un manantial  
Una, diez, ciento, mil gotas.  
Ninguna en la limpia peña  
Se atropella ni se estorba,  
Ninguna se precipita  
Sin tiempo, ni se desborda;  
Sino que todas á un tiempo  
El limpio arroyuelo forman,  
Y como salen de un caño  
Arroyo se truecan todas.

Así Beatriz medita  
En su ventana á deshoras  
De la noche, y así estando  
Adormida en vaporosas  
Infantiles ilusiones,  
Creyó en la empinada loma,  
Saliendo de las malezas,  
Distinguir una persona.  
El corazón á su vista  
Con violencia latióla;  
Los ojos clavó en el bulto  
Cuyo contorno en las lóbregas  
Tinieblas no se distingue,  
Mas cuyos pasos se notan  
Poco á poco aproximándose  
Por la vereda tortuosa.  
Llegó por fin; era un hombre;  
Y en la plazoleta angosta  
Que de la quinta delante  
Hace la tierra escabrosa,  
Paróse como dudando  
Mientras á favor de esta corta  
Pausa pudo Beatriz  
Examinar su persona.  
Era de alzada estatura,  
De presencia muy airosa,  
Y andar resuelto y seguro:  
Su traje casi á la moda  
De mil setecientos quince;  
Gaban cuya manga angosta  
Ciñe al brazo con gran vuelta  
Que en la muñeca se dobla.  
Pequeña falda y con cuerpo  
Que á la cintura se abrocha  
Con un corchete de acero:  
Ancho calzon que abotona  
Por ambos lados, y que ata  
Por encima de la bota:  
Larga espada, gran sombrero,  
Y en la cinta dos pistolas,  
Y de una vez cercenando  
Descripciones enfadosas,  
Facha á lo Felipe quinto  
(Que es la edad de nuestra historia).  
Tal es el hombre que espera  
En la estrecha plataforma  
Que hay delante de la quinta,  
Y las señas que le toma  
Beatriz, que á salvo verle  
Desde su ventana logra  
Aunque esta es harto elevada  
Y la claridad muy poca.  
Alzó él repentinamente  
La cabeza, y retiróla  
La muchacha, mas no anduvo  
En retirarla tan pronta  
Que no lo notara el hombre:  
Y sin duda conocióla

Porque dijo con voz cauta :  
 « ¿Porqué ocultarse, señora?  
 ¿Porqué de un sincero amigo  
 Recatar la faz hermosa  
 Cuando él en su corazón  
 Tiene estampada una copia?  
 Salid, pues, á esa ventana,  
 Beatriz encantadora,  
 Que no vereis mas que un hombre  
 Que mas placer no ambiciona  
 Que el de oír el dulce acento  
 De vuestra divina boca. »

Qué es lo que pasa por ella  
 Beatriz no entiende ahora :  
 De esta repentina y franca  
 Declaracion amorosa  
 No comprende Beatriz  
 Las palabras seductoras ;  
 Lo que escucha la enloquece,  
 Lo que sospecha la azora .  
 La voz que ha oido es la misma  
 Que oyó otra noche mas próxima  
 Cuando con dulces palabras  
 Le hizo ofertas generosas.  
 Él es, el bandido, ¡ cielos !  
 ¿ Qué ha de hacer? pues que la nombra,  
 La ha conocido, y es fuerza  
 Que á sus palabras responda.  
 Esto pensaba la niña  
 Cuando mas recia y sonora  
 Sonó la voz del de abajo,  
 Aunque siempre respetuosa,  
 Diciendo : « Si las palabras  
 Con que os he hablado os enojan,  
 No os asomeis para darlas  
 Contestacion enojosa ;  
 Pero asomaos si os place  
 Para recibir, señora,  
 Las gracias del hospedage ;  
 O que teneis á deshonra  
 Imaginaré sinó  
 Recibir las de mi boca. »  
 Lo cual Beatriz oyendo,  
 Groseria parecióla  
 No dar alguna respuesta  
 A quien su callar sonroja.  
 Salió, pues, á la ventana,  
 Y á no estorbarlo la sombra  
 Mostrara el rostro modesto  
 Mas rojo que una amapola.  
 Salió, mas quedóse muda,  
 Pues de puro vergonzosa  
 No atinó con las palabras  
 Para la respuesta propias.  
 Lo cual mirando el de abajo  
 De esta manera atajóla,

A la ventana acercándose  
 Para que mejor lo oiga.

Él. A mejorar mi fortuna  
 Que volveria ofrecí,  
 Mas me parece ¡ ay de mí !  
 Que os es mi vuelta importuna.  
 Ella. Yo creo, buen caballero,  
 Que siempre causa un placer  
 Tornar un amigo á ver.

Él. Que tal me juzgéis espero.  
 Yo por mí puedo jurar,  
 Sin hacer ofensa á Dios,  
 Que desque partí de vos  
 No pensé mas que en tornar.  
 ¿ Y vos pensásteis en mí?

Ella. Muchas veces me acordé... (Se interrumpe.)

Él. ¿ Os acordásteis? ¿ de qué?  
 Ella (con candidez). De que estuviésteis aquí.

Él. ¿ Y no os acordásteis de mas?  
 Ella. ¿ Y de qué mas que acordara,  
 Si el embozo de la cara  
 No separásteis jamás?

Él. Teneis, Beatriz, razon,  
 Y de esta descortesia  
 Esta noche suponía  
 Que me otorgárais perdon.

Ella. Por mí perdonado estais :  
 Pero á fé que me alegrara  
 De haberos visto la cara.

Él. Y ¿ porqué lo deseais?  
 Ella. Porque yo siempre he vivido  
 Como al claustro destinada,  
 Dentro del claustro encerrada  
 Y allí nunca he conocido  
 Nadie cuyo corazón  
 Fuera conmigo sincero,  
 Y habeis vos sido el primero  
 Que me ha mostrado aficion.

Él. ¿ No habeis amado jamás?  
 Ella. A Dios y á mis padres sí,  
 Que á ninguno conocí  
 Que me interesara mas.

Él. Pues yo os juro, Beatriz,  
 Que á lograr yo interesaros  
 Y mi amor comunicaros  
 Fuera el hombre mas feliz.

Ella. ¿ Con que me amais?

Él. Sí, á fé mía ;  
 De veros desde el momento  
 No tuvo otro pensamiento  
 Ni de noche ni de dia.  
 Por veros un solo instante  
 No conociera temores  
 A los peligros mayores  
 Que encontrara por delante.

Ella. Callad, callad.

Él. Oigo ruido.  
 Ella. Van poco á poco una llave  
 Volviendo.... mi hermano es ese ;  
 Santos del cielo, amparadme.

Él. Pedid solo á Dios por él  
 Si es que os maltrata cobarde.

Ella. ¡ Ay! huid, que os va á matar.

Él. Me conoce lo bastante  
 Para tenerme respeto.

Ella. No. Idos.

Él. Voime, si os place.

Hizolo así el misterioso  
 Galan, lijero alejándose  
 Como un gamo, y se perdió  
 Por entre los matorrales.  
 Mas trémula é insegura  
 Que las hojas de los árboles  
 Quedó en la reja Beatriz  
 Sin atreverse á quitarse.  
 Abrió á muy poco la puerta  
 Su hermano y á todas partes  
 Mirando y viendo á su hermana,  
 Dijola airado : « ¿ Qué haces?  
 — Nada, » turbada repuso.

Carlos. ¿ Con quién hablabas?

Beatriz. Con nadie.

Carlos. Pues jurara que oí voces.

Beatriz. Seria el rumor de el aire.

Tosió Carlos, y entre dientes  
 Murmurando airada frase  
 Que ella no oyó, dijo recio :  
 « Ea, á cerrar y á acostarse. »  
 Cerró Beatriz las maderas,  
 Mas al postigo quedándose,  
 Vióle tomar el sendero  
 Que el forastero tomó antes.  
 Siguiéronle con afan  
 Sus ojos, mas un instante  
 Bastó á que se le ocultaran  
 Los espesos matorrales.

## SEGUNDA PARTE.

## VII.

Despues de mas de una hora  
 De muy zozobrosa espera,  
 Los ojos de Beatriz  
 Alcanzaron, de la espesa  
 Sombra del monte saliendo,  
 Y avanzando por la senda,  
 Dos bultos que mas se aclaran  
 Como á la quinta se acercan.  
 Conforme fueron llegando,  
 Fué su mano dando vuelta

Al postigo por dó mira,  
 Y cuando ellos á la puerta  
 Se pararon de la quinta,  
 Oculta en la sombra ella,  
 Ve y oye de la ventana  
 Por una rendija estrecha.  
 Su hermano y el otro son ;  
 Y entrambos con voz resuelta  
 Exige el uno, y el otro  
 Resiste, desoye y niega :

El Bandido. Carlos, piensa lo que haces.

Carlos. De mas lo he pensado.

El Bandido. Piensa

Que son ciertas mis palabras  
 Y seguras mis promesas.  
 Yo tengo en la corte amigos,  
 Y uno á cuya voz primera  
 El rey ha de dar por buenos  
 Mis delitos y proezas.  
 Héle salvado dos veces  
 La vida en liza sangrienta,  
 Recibiendo una lanzada  
 Que me hizo quedar en tierra,  
 Y á él estaba dirigida ;  
 Y en el punto en que yo quiera  
 En nombre de aquella lanza  
 Valerme de sus ofertas,  
 Todo ha de ser olvidado,  
 Todo, ¿ lo entendeis?

Carlos. Muy buenas

Serian tus esperanzas  
 Como realizables fueran.  
 E. Bandido. Pues bien, hay mas todavía :  
 Toda la provincia entera  
 De mis asaltos nocturnos  
 Con ira y pavor se acuerda ;  
 Los comerciantes mas ricos  
 Aun inútilmente esperan  
 Cantidades que en sus cajas  
 Como déficit se cuentan.

Carlos. ¡ Tú propio de ello te alabas!

El Bandido. Escúchame y ten paciencia.

Yo nací rico, lo sabes ;  
 Los juegos y las pendencias  
 En fiestas y en medicinas  
 Sorbieron toda mi hacienda.  
 Soldado fuí, y honra tuve ;  
 Si una palabra en mi ofensa  
 Del rey abajo me dijo  
 Alguien, le arranqué la lengua.  
 Me desterraron y huí ;  
 Mas me agobió la miseria,  
 Y tolerarla no puede  
 Quien no nació para ella.  
 Acógime á las montañas,  
 Juntéme con gente fiera  
 De la sociedad lanzada

Por sus costumbres perversas.  
La educacion y el valor  
Diéronme ventaja inmensa  
Sobre estas hordas salvages,  
Y bien con maña ó con fuerza  
Hoy á mi voz obedecen  
Y me veo á su cabeza.  
No se ha dado golpe en vago;  
Inmensurables riquezas  
Han venido á mi poder,  
Mas ¿sabes lo que hice de ellas?  
Con el oro que yo robo  
Otra persona comercia,  
Paga y mantiene mi gente,  
Y con secreto almacena  
Todas las prendas robadas  
Anotando nombre y señas  
De sus dueños, á quien deben  
Volver cuando me convenga.  
Yo no supe vivir pobre,  
¿Quién fiarme una peseta  
Sabiendo quien soy querría?  
Y en situacion tan estrema  
Lo que de grado no hallara  
Pensé en hallarlo por fuerza.  
Todo el mundo me prestó  
Lo que en verdad no quisiera,  
Y á todo el mundo le debo  
Por mi valor mi riqueza.  
Ahora bien, Carlos, respóndeme.  
Yo estoy pronto á dar mis cuentas  
Y á volver el capital  
Con que he rehecho mi hacienda:  
El rey me ofrece un indulto,  
Y gracia de una bandera  
Si al servicio de las armas  
Quiero volverme... Contesta,  
Todo en gracia ha de caer  
En obsequio á la manera  
Con que ha sido hecho, ¿tu hermana  
Podrá entonces ser la prenda  
De la dicha que me alcance?  
*Carlos.* Nunca.  
*El Bandido.* Carlos, mira y piensa  
Que en ello va mi fortuna  
Y aun mi virtud venidera.  
*Carlos.* Nunca.  
*El Bandido.* Veo, miserable,  
Tu mezquindad manifiesta;  
Veo que aun no has olvidado  
La bailarina francesa.  
*Carlos.* Ni la olvidaré jamás.  
*El Bandido.* Tienes el alma mas negra  
Que la crin de mi caballo  
Si la memoria conservas.  
Ella eligió entre los dos.  
*Carlos.* Lo sé.  
*El Bandido.* ¿De qué pues te quejas?

*Carlos.* Basta, César; buenas noches.  
*El Bandido.* Atiende, Carlos, espera.  
*Carlos.* Es inútil cuanto digas.  
Ya has oido mi respuesta  
Y ni olvido ni perdono.  
*El Bandido.* Entonces, Carlos, recuerda  
Que te fié mis secretos  
Y guardarlos me interesa.  
No abuses de ellos.  
*Carlos.* Haré  
Lo que mejor me convenga.  
*El Bandido.* Mas al mirar tu interés  
Ve tambien mi conveniencia,  
Porque uno con otro al cabo  
Tendremos que arreglar cuentas,  
Y ¡ay del que alcanzando quede!  
*Carlos.* A sí cada cual atiende.  
*El Bandido.* A sí cada cual... comprende  
Tus miserables ideas,  
La inmensurable avaricia  
Que tu alma mezquina alberga.  
No es el voto de tu madre  
Lo que al monasterio lleva  
A Beatriz, de Don Lucas  
No es, no, la invencible y terca  
Preocupacion; tú solo  
Viva en el claustro la entierrez.  
Tú, solo tú, que en el oro  
El móvil de tu existencia  
Tienes puesto: sí; tú, Carlos,  
Que apetece sus haciendas,  
Y para unir las en tí  
Las intrigas no escaseas  
Ni escrupulizas los medios.  
Mas vive, Carlos, alerta.  
*Carlos.* Y alerta tú, miserable,  
Vive tambien, porque llega  
El día de la justicia.  
*El Bandido.* Ten, Carlos, la torpe lengua,  
Que si llega el de la tuya  
Y es de Dios justicia recta  
No sé yo cual de los dos  
Llevará peor sentencia.  
*Carlos.* Sin apelar á ese fallo  
Jueces hay sobre la tierra.  
*El Bandido (con desprecio).* Jueces  
hechos de abogados  
Como tú, que se reservan  
La justicia para sí,  
Y para el próximo piedras.  
*Carlos.* Sea por fin como fuere,  
No ahondemos mas la materia,  
Y que piense cada cual  
Como mejor le parezca.  
Y acabando de una vez,  
Sea el motivo cual sea,  
Ya mi sórdida avaricia,  
Ya la maternal promesa,

Ha de ser monja mi hermana  
O cuanto valgo me cuesta.  
*El Bandido.* Pues de una vez acabando,  
Carlos, fuere la que quiera  
Mi razon, ya el odio á tí  
O mi amor para con ella,  
Tu hermana no será monja  
O me cuesta la cabeza.  
*Carlos.* Pues si estimas un aviso  
Y en los hombros te interesa  
Conservarla, desde ahora  
Por esta quinta no vuelvas.  
*El Bandido.* Sea, Carlos, como quieras,  
Y si es que la tuya aprecias,  
No habites mucho esta quinta,  
Que es muy fragosa la sierra,  
Y al bajar alguna vez  
Por resbaladiza senda  
Puedes tropezar y hacerte  
Pedazos entre las peñas.  
*Carlos.* Conozco el piso.  
*El Bandido.* No fies.  
Y á Dios, Carlos.  
*Carlos.* A Dios, César.

Echó César por el monte,  
Atrancó Carlos su puerta,  
Cerró Beatriz el postigo,  
Y quedó muda la escena.

## VIII.

Todo lo oyó Beatriz: todo lo sabe,  
Y en lágrimas deshecha  
Lo irrevocable de su mal sospecha,  
Concibe al fin lo que en su hermano cabe.  
Ve su avaricia y la fatal venganza  
Que en César tomará, su amor primero  
No olvidando jamás, con la esperanza  
De á su hermana perder y al bandolero.  
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna  
Arrullado el bandido,  
De enemiga fortuna,  
Vejado y perseguido,  
Sus bienes y sus grados ha perdido,  
Sus virtudes tal vez una por una;  
Mas no, ¡por Dios! que noble todavía,  
De una pasion purísima instigado  
Recuerda con honor que fué soldado,  
Recuerda su valor y su hidalguía;  
Y los medios buscando, á la carrera  
Volver intenta de la edad primera.  
Él se batió animoso  
Por su patria y su rey: íntima, franca  
Conserva con un noble poderoso  
Hesa su amistad, y esta le arranca  
quel deshonor en que olvidado vive  
Si permite sus propuestas,

Y por viejo favor, favor recibe.  
La larga cicatriz de la lanzada  
Por aquel recibida,  
Al noble impone obligacion sagrada  
De pagarle la vida con la vida;  
Y á su honor tornará y á su grandeza,  
Y las fieras hazañas  
De que el héroe fuera en las montañas,  
Miradas á través de su nobleza,  
Y á través de su ingenio y del indulto,  
Ya no serán por crímenes tenidos  
Sino por hechos de gigante bulto;  
Y tornará al ejército si quiere,  
Y tornará á la corte,  
O vivirá feliz si le pluguiere  
En el lugar donde morar quisiere  
Con elegida y cándida consorte.

Así pensaba á solas en su lecho  
La hermosa Beatriz, y así crecía  
El escondido amor que está en su pecho,  
Aumentando ó calmando su agonía.  
Y las dulces palabras del bandido,  
Y de su voz el mágico sonido,  
Y la bizarra y varonil figura  
De aquel gallardo rey de la espesura,  
Y la grata memoria  
De su variada y novelesca historia,  
De sus juegos antiguos y amorios,  
Apuestas, desafíos,  
Y otros lances mas serios  
Velados en recónditos misterios,  
Todo á su mente vivo se presenta,  
Y todo ello acrecienta  
La oculta simpatía  
Que ya por él sentía  
Desde la noche que á la quinta vino  
Por los montes huyendo del destino.  
Y todo esto que atiza  
El fuego de un amor que aun no concibe  
El objeto á sus ojos diviniza  
Que á su pesar en su memoria vive.  
Y con su imagen sueña,  
Y en delirio amoroso  
Como espíritu errante y luminoso  
La contempla vagar de peña en peña,  
Un porvenir mintiéndola dichoso.  
« Ven, la dice tendiéndola los brazos  
El fantasma hechicero,  
Ven; las torpes cadenas haz pedazos  
Del tirano poder que te sujeta,  
Y en brazos del perdido bandolero  
Encontrarás la libertad completa. »  
Y sueña que la toma  
La amiga aparicion sobre sus alas,  
Y va de loma en loma,  
Y va de cumbre en cumbre  
A la pálida lumbre